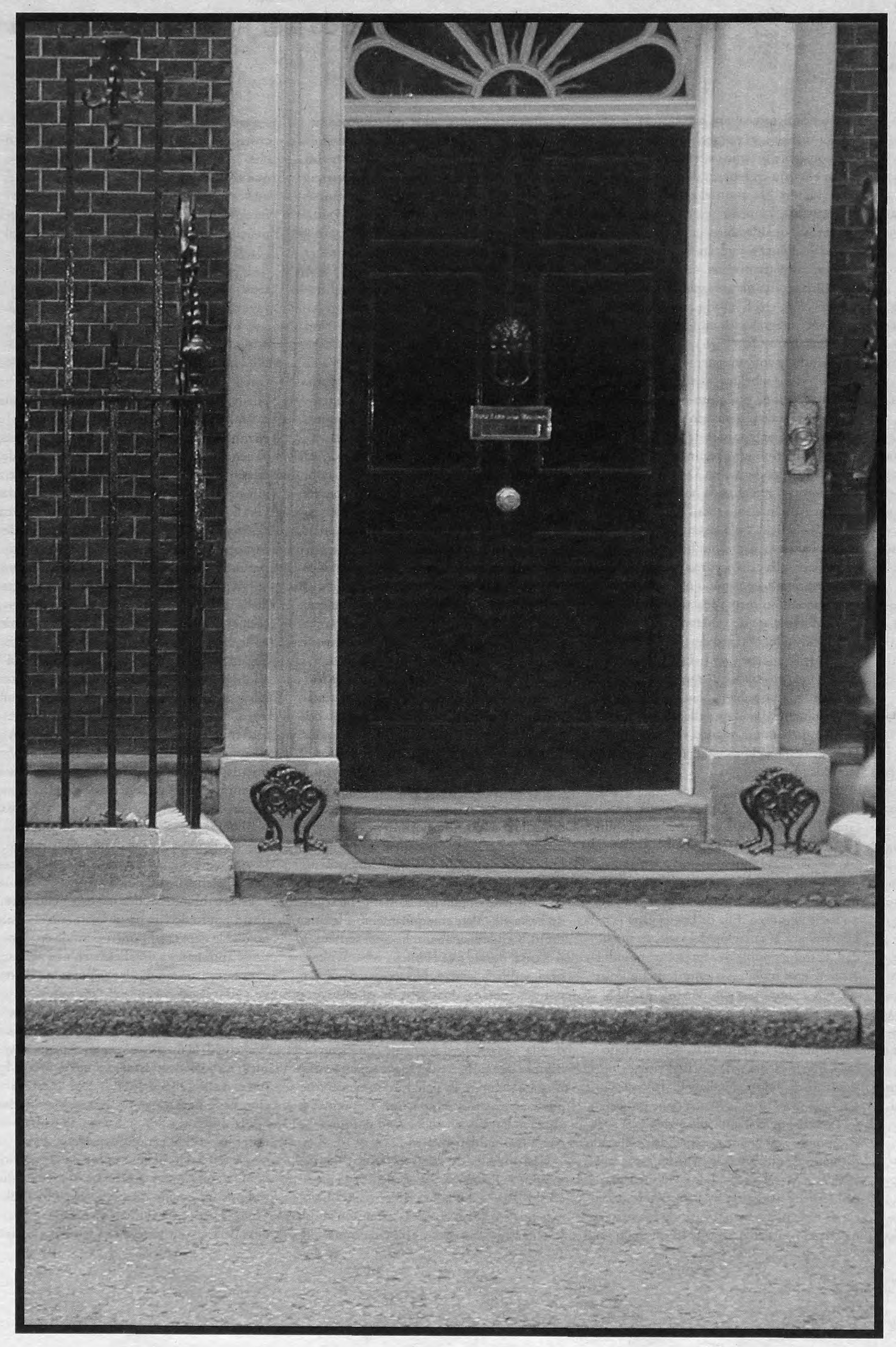
# DAR UNA VUELTA



**Por Rodrigo Fresán**

El primer episodio de la formidable serie "Seinfeld" arranca justo con esto: con un monólogo sobre la misteriosa compulsión del ser humano por salir-a-dar-una-vuelta. Esta forma mínima y erróneamente del ya de por sí mínimo miniturismo es, para empezar, un misterio: dar una vuelta no es girar sobre sí mismo o trazar un círculo perfecto en una determinada trayectoria de nuestros pasos. La vuelta que damos puede tener muchísimas e irregulares formas y, casi nunca, esa vuelta tiene la gracia de una circunferencia. Las vueltas que damos son irregulares, llenas de ángulos, mutantes. En el mismo monólogo ya mencionado, Jerry Seinfeld no demora en señalar el quid de la cuestión: estamos en casa, pensamos en salir a dar una vuelta y, cuando estamos dando esa vuelta, enseguida pensamos en volver a casa. Así, el acto de dar una vuelta es mucho más profundo de lo que parece y lleva implícitas en sí la inconformidad, la búsqueda de lo novedoso, las ganas de que nada cambie. Es un misterio complejo e incómodo y hay personas que hasta se compran un perro –de ahí eso de "la vuelta del perro"– para tener la coartada perfecta a la hora de repetir una y otra vez el misterio del rumbo fijo sin rumbo fijo.

La vuelta es, también, una forma de elección, una manera de definir el carácter de un determinado individuo. Hay gente que sale a dar una vuelta para recorrer los mismos lugares, pararse siempre frente a las mismas vidrieras, demorar el mismo tiempo. Y hay gente que sale a dar una vuelta con sed de aventura, girando en esquinas nuevas, siguiendo a desconocidos, entrando en galerías que no conocían o en museos barriales. A veces, algunos de ellos, nunca vuelven a sus casas. O demoran en volver mucho más de lo que puede considerarse como razonablemente apropiado. Para ellos, súbitamente, la vuelta a la manzana crece a vuelta al mundo por más que siga siendo la vuelta a la manzana.

El norteamericano Nathaniel Hawthorne (1804-1864) escribió con el perfecto relato "Wakefield" lo que probablemente sea el texto definitivo sobre el arte y los misterios de salir a dar una vuelta a la vez que inaugura –junto con el "Bartleby" de Melville– lo kafkiano antes de Kafka. No es poco. En el cuento, Wakefield le dice a su mujer que sale de viaje cuando, en realidad, sin avisarle a nadie, se muda a otra casa a una cuadra de distancia y permanece allí durante veinte años. Hawthorne nos advierte que el relato se inspira en un hecho real –el argentino Eduardo Berti construyó toda una excelente novela, *La mujer de Wakefield* (Tusquets) a partir de esta idea– y quién sabe si será cierto y a quién le importa que lo sea. Nada más auténtico que las ganas de salir a dar una vuelta y permanecer –en un gracioso bucle del espacio-tiempo– girando en el vacío absoluto. Y un día, veinte años después, volver como si nada hubiera pasado, porque nada sucede cuando uno sale a dar una vuelta.

# wakefield

Justo cuando el hombre delgado y la mujer corpulen
produce una ligera obstrucción, lo que lleva a ambas
directo. Sus manos se tocan; la presión de la multitu
contra el hombro de él; ambos están de pie, cara a c
Tras una separación de diez años, así reencuentra W

**Por Nathaniel Hawthorne**

De alguna vieja revista o periódico recuerdo una historia, contada como cierta, respecto de un hombre –llamémosle Wakefield– que se ausentó durante un largo tiempo del hogar que compartía con su esposa. El hecho, dicho así abstractamente, no es muy raro, ni tampoco –sin una debida consideración de las circunstancias– debe ser condenado como malo o insensato. Sin embargo, aunque haya estado lejos de ser el caso más grave, es quizás el más extraño que se haya registrado sobre la inconducta marital, y además uno de los fenómenos más notables que se pueden encontrar en toda la lista de las rarezas humanas. La pareja vivía en Londres. Con el pretexto de un viaje, el hombre alquiló otra vivienda en una calle cercana a su propia casa, y allí, sin que lo supieran esposa o amigos, y sin la sombra de un motivo para ese autoexilio, permaneció durante veinte años. Durante ese período, vigiló cada día su hogar y frecuentemente a la abandonada Mrs. Wakefield. Y tras un intervalo tan prolongado en su situación matrimonial –cuando su muerte ya fue presumida como cierta, su herencia arreglada, su nombre olvidado del recuerdo, y su esposa ya resignada al cabo de mucho tiempo a su viudez otoñal– entró por la puerta una tarde, silenciosamente, como al cabo de un solo día de ausencia, y se convirtió en un amante esposo hasta su muerte.

Este resumen es todo lo que recuerdo. Pero el episodio, siendo de la más pura originalidad, sin precedente, y probablemente nunca repetido, llama a la generosa simpatía de la humanidad. Sabemos, y cada uno lo sabe por sí mismo, que ninguno de nosotros habría de perpetrar tal locura, pero pensamos que otro podría hacerlo. En mis propias contemplaciones, por lo menos, ha resurgido a menudo, siempre provocando el asombro, pero con una sensación de que el relato debe ser cierto y con una concepción sobre el carácter de su protagonista. Siempre que algún tema afecte con tanto vigor la mente, bien estará dedicar tiempo a pensar en él. Si el lector lo prefiere, que haga su propia meditación, o si prefiere divagar conmigo a través de los veinte años del extravío de Wakefield, le doy la bienvenida, confiando en que habrá allí un sentido general y una moraleja, aunque no consigamos encontrarlos, fijarlos nítidamente y condensarlos en la frase final. El pensamiento tiene siempre su eficacia, y todo incidente llamativo tiene su moraleja.

¿Qué clase de hombre era Wakefield? Estamos en libertad de formarnos nuestra propia idea, y llamarla por su nombre. Estaba en la mitad de su vida; sus afectos matrimoniales, nunca violentos, se habían amoldado a un sentimiento calmo, habitual; entre todos los maridos, era probable que fuera el más constante, ya que cierta indolencia ponía su corazón en reposo, dondequiera estuviera situado. Era un intelectual, pero no en forma activa; su mente se ocupaba de largas y perezosas meditaciones que terminaban sin finalidad alguna o carecían de vigor para obtenerla; sus pensamientos rara vez eran tan dinámicos como para atrapar las palabras. La imaginación, en el sentido correcto del término, no integraba los dones de Wakefield. Con un corazón frío pero no depravado ni vagabundo, y con una mente que nunca fue febril en ideas rebeldes, ni afligida por la originalidad, ¿quién pudo prever que nuestro amigo habría de obtener un sitio prominente entre los protagonistas de hechos excéntricos? Si se les hubiera preguntado a sus relaciones quién podía ser en Londres el hombre que con más certeza nada haría hoy que fuera recordado mañana, todos habrían pensado en Wakefield. Sólo su entrañable esposa podría haber vacilado. Sin haber analizado su carácter, ella estaba parcialmente al tanto de un tranquilo egoísmo que se había derrumbado en su mente inactiva; al tanto de una peculiar clase de vanidad, su atributo más incómodo; al tanto de cierta inclinación a la astucia, que rara vez había producido efectos más positivos que guardar mezquinos secretos, que no valía la pena revelar; al tanto, finalmente, de lo que ella denominaba una pequeña rareza, alguna vez, en el buen hombre. Esta última cualidad es indefinible, y quizás inexistente.

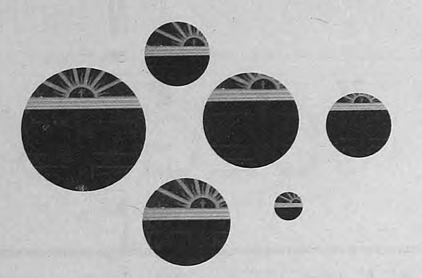
Imaginemos ahora a Wakefield diciendo adiós a su esposa. Es el crepúsculo en una tarde de octubre. Su equipo es un viejo abrigo, un sombrero recubierto de hule, botas altas, un paraguas en una mano, una pequeña maleta en la otra. Ha informado a Mrs. Wakefield que deberá tomar un carruaje nocturno hacia el campo. Ella de buena gana le preguntaría por la duración del viaje, su finalidad, la fecha posible de regreso; pero, indulgente con su inofensivo amor por el misterio, sólo le interroga con una mirada. El le dice que con certeza no le espere por el carruaje de retorno, y que no se alarme si llega a demorar tres o cuatro días, pero, en todo caso, que le espere para cenar al viernes siguiente. El mismo Wakefield, hay que considerarlo, no sospecha lo que tiene por delante. Le extiende la mano, ella extiende la suya, y responde a su beso de despedida en el estilo rutinario de diez años de matrimonio; y allí se va este Mr. Wakefield de edad mediana, casi resuelto a afligir a su dama con la ausencia de toda una semana. Cuando la puerta se ha cerrado, ella advierte que ha quedado una rendija, y tiene una visión del rostro de su marido, a través de la apertura, sonriéndole, y desapareciendo en un momento. Por ahora, este pequeño incidente queda descartado sin pensarlo. Pero mucho después, cuando ella ha sido ya durante más años una viuda que una esposa, esa sonrisa reaparece y titila entre todos sus recuerdos sobre el rostro de Wakefield. En sus muchas meditaciones, ella rodea a la sonrisa original con una multitud de fantasías, haciéndola extraña y atroz: como, por ejemplo, si le imagina en un ataúd, esa mirada de despedida ha quedado congelada entre sus rasgos pálidos; o, si le sueña en el cielo, su espíritu bendito luce una sonrisa tranquila y astuta. Por esa sonrisa, empero, cuando los demás le han dado por muerto, ella a veces duda de ser una viuda.

Pero nuestro asunto es con el marido. Debemos apresurarnos tras él en la calle, antes de que pierda su individualidad y se confunda con la gran masa de la vida de Londres. Sería vano buscarle allí. Sigamos cerca de sus talones, por tanto, hasta que, tras varios giros y retrocesos superfluos, le encontramos cómodamente instalado junto al fuego de un pequeño apartamento, previamente reservado. Está en la calle inmediata a la suya; y ha terminado su viaje. Apenas si puede creer en su buena suerte, por haber llegado desapercibido hasta allí, recordando que, en cierto momento, fue demorado por la multitud, justamente a la luz de una linterna encendida; y, asimismo, que había pasos que parecían seguir a los suyos, más nítidos que los de la muchedumbre que le rodea y, enseguida, que escuchó una voz gritándole desde lejos, e imaginó que pronunciaba su nombre. Sin duda, una docena de entrometidos le habían estado vigilando y le contaron a su esposa todo el asunto. ¡Pobre Wakefield! Poco conoces tu propia insignificancia en este mundo enorme. Ningún ojo mortal te ha seguido hasta allí. Vete tranquilamente a la cama, tonto, y en la mañana, si lo crees sensato, vete a casa, donde está la buena Mrs. Wakefield, y dile la verdad. No te apartes, ni aun por una semana, de tu sitio en su casto seno. Si ella, por un solo momento, te creyera muerto, o perdido, o durablemente separado de ella, serías espantosamente consciente del cambio que tu honesta esposa experimentaría para siempre. Es peligroso provocar una grieta en los afectos humanos, no porque se abra tan larga y tan ancha sino porque se cierra tan rápidamente.

Casi arrepentido de su travesura, o de como pueda llamársela, Wakefield se reclina en el lecho, y, desde su primer sueñecillo, extiende sus brazos hasta la extensión amplia y solitaria de la desacostumbrada cama. "No –piensa, reuniendo la ropa de cama a sus costados–, no habré de dormir solo otra noche." A la mañana se levanta más temprano que de costumbre, y se dedica a considerar qué es lo que realmente quiere hacer. Tan inconexos y divagadores son sus modos de pensar, que se ha tomado este paso especial con la conciencia de un propósito, en verdad, pero sin ser capaz de definirlo suficientemente para su propia contemplación. La vaguedad del proyecto y el esfuerzo convulsivo con el que se sumerge en su ejecución son por igual las características de un hombre vacilante. Wakefield tamiza sus ideas, sin embargo, con tanta minuciosidad como puede, y se descubre curioso por saber cómo están las cosas por casa: cómo su esposa ejemplar soportará la viudez de una semana, y, concisamente, cómo la pequeña esfera de criaturas y de circunstancias, en la que él era objeto central, será afectada por su ausencia. Una vanidad morbosa, por tanto, yace cerca del fondo del asunto. Pero, ¿cómo habrá de conseguir él sus fines? No, ciertamente, encerrándose en este confortable alojamiento, donde, aunque duerma y despierte a una calle de distancia de su hogar, estaría tan eficazmente afuera como si el carruaje le hubiera llevado durante toda la noche. Pero, si él llegara a reaparecer, todo el proyecto recibiría un duro golpe. Después que su pobre cerebro quedó desconcertado sin remedio por este dilema, a la larga se aventura a salir, resolviendo en parte que habrá de cruzar por el comienzo de la calle y echar una rápida mirada sobre el domicilio abandonado. La costumbre –porque se trata de un hombre de costumbres– le lleva de la mano y le guía, totalmente sin advertirlo, hasta su propia puerta, donde, justo en el momento crítico, se sobresalta por el roce de su pie en el escalón. Wakefield, ¿a dónde vas?

En ese instante su destino está pendiente de un punto decisivo. Sin soñar con el destino que le depara su primer paso de retroceso, se apresura, ya sin aliento en una agitación nunca antes sentida, y apenas si se atreve a girar la cabeza en la alejada esquina. ¿Puede ser que nadie le haya visto? ¿Es que toda la gente de la casa –la honesta Mrs. Wakefield, la despierta criada, el pequeño y sucio recadero– no armará un alboroto, a través de las calles de Londres, en persecución de su fugitivo amo y señor? Maravillosa huida. Junta el valor de hacer una pausa y mirar hacia el hogar, pero queda perplejo con la sensación de un cambio en el edificio familiar, tal como nos afecta a todos cuando, tras una separación de meses o de años, volvemos a ver cierta colina, cierto lago, cierta obra de arte, que antes nos fueron familiares.

# wakefield



**Justo cuando el hombre delgado y la mujer corpulenta están pasando, se produce una ligera obstrucción, lo que lleva a ambas figuras a un contacto directo. Sus manos se tocan; la presión de la multitud fuerza al pecho de ella contra el hombro de él; ambos están de pie, cara a cara, mirándose a los ojos. Tras una separación de diez años, así reencuentra Wakefield a su mujer.**

**Por Nathaniel Hawthorne**

De alguna vieja revista o periódico recuerdo una historia, contada como cierta, respecto de un hombre –llamémosle Wakefield– que se ausentó durante un largo tiempo del hogar que compartía con su esposa. El hecho, dicho así abstractamente, no es muy raro, ni tampoco –sin una debida consideración de las circunstancias– debe ser condenado como malo o insensato. Sin embargo, aunque haya estado lejos de ser el caso más grave, es quizás el más extraño que se haya registrado sobre la inconducta marital, y además uno de los fenómenos más notables que se pueden encontrar en toda la lista de las rarezas humanas. La pareja vivía en Londres. Con el pretexto de un viaje, el hombre alquiló otra vivienda en una calle cercana a su propia casa, y allí, sin que lo supieran esposa o amigos, y sin la sombra de un motivo para ese autoexilio, permaneció durante veinte años. Durante ese período, vigiló cada día su hogar y frecuentemente a la abandonada Mrs. Wakefield. Y tras un intervalo tan prolongado en su situación matrimonial –cuando su muerte ya fue presumida como cierta, su herencia arreglada, su nombre olvidado del recuerdo, y su esposa ya resignada al cabo de mucho tiempo a su viudez otoñal– entró por la puerta una tarde, silenciosamente, como al cabo de un solo día de ausencia, y se convirtió en un amante esposo hasta su muerte.

Este resumen es todo lo que recuerdo. Pero el episodio, siendo de la más pura originalidad, sin precedente, y probablemente nunca repetido, llama a la generosa simpatía de la humanidad. Sabemos, y cada uno lo sabe por sí mismo, que ninguno de nosotros habría de perpetrar tal locura, pero pensamos que otro podría hacerlo. En mis propias contemplaciones, por lo menos, ha resurgido a menudo, siempre provocando el asombro, pero con una sensación de que el relato debe ser cierto y con una concepción sobre el carácter de su protagonista. Siempre que algún tema afecte con tanto vigor la mente, bien estará dedicar tiempo a pensar en él. Si el lector lo prefiere, que haga su propia meditación, o si prefiere divagar conmigo a través de los veinte años del extravío de Wakefield, le doy la bienvenida, confiando en que habrá allí un sentido general y una moraleja, aunque no consigamos encontrarlos, fijarlos nítidamente y condensarlos en la frase final. El pensamiento tiene siempre su eficacia, y todo incidente llamativo tiene su moraleja.

¿Qué clase de hombre era Wakefield? Estamos en libertad de formarnos nuestra propia idea, y llamarla por su nombre. Estaba en la mitad de su vida; sus afectos matrimoniales, nunca violentos, se habían amoldado a un sentimiento calmo, habitual; entre todos los maridos, era probable que fuera el más constante, ya que cierta indolencia ponía su corazón en reposo, dondequiera estuviera situado. Era un intelectual, pero no en forma activa; su mente se ocupaba de largas y perezosas meditaciones que terminaban sin finalidad alguna o carecían de vigor para obtenerla; sus pensamientos rara vez eran tan dinámicos como para atrapar las palabras. La imaginación, en el sentido correcto del término, no integraba los dones de Wakefield. Con un corazón frío pero no depravado ni vagabundo, y con una mente que nunca fue febril en ideas rebeldes, ni afligida por la originalidad, ¿quién pudo prever que nuestro amigo habría de obtener un sitio prominente entre los protagonistas de hechos excéntricos? Si se les hubiera preguntado a sus relaciones quién podía ser en Londres el hombre que con más certeza nada haría hoy que fuera recordado mañana, todos habrían pensado en Wakefield. Sólo su entrañable esposa podría haber vacilado. Sin haber analizado su carácter, ella estaba parcialmente al tanto de un tranquilo egoísmo que se había derrumbado en su mente inactiva; al tanto de una peculiar clase de vanidad, su atributo más incómodo; al tanto de cierta inclinación a la astucia, que rara vez había producido efectos más positivos que guardar mezquinos secretos, que no valía la pena revelar; al tanto, finalmente, de lo que ella denominaba una pequeña rareza, alguna vez, en el buen hombre. Esta última cualidad es indefinible, y quizás inexistente.

Imaginemos ahora a Wakefield diciendo adiós a su esposa. Es el crepúsculo en una tarde de octubre. Su equipo es un viejo abrigo, un sombrero recubierto de hule, botas altas, un paraguas en una mano, una pequeña maleta en la otra. Ha informado a Mrs. Wakefield que deberá tomar un carruaje nocturno hacia el campo. Ella de buena gana le preguntaría por la duración del viaje, su finalidad, la fecha posible de regreso; pero, indulgente con su inofensivo amor por el misterio, sólo le interroga con una mirada. El le dice que con certeza no le espere por el carruaje de retorno, y que no se alarme si llega a demorar tres o cuatro días, pero, en todo caso, que le espere para cenar al viernes siguiente. El mismo Wakefield, hay que considerarlo, no sospecha lo que tiene por delante. Le extiende la mano, ella extiende la suya, y responde a su beso de despedida en el estilo rutinario de diez años de matrimonio; y allí se va este Mr. Wakefield de edad mediana, casi resuelto a afligir a su dama con la ausencia de toda una semana. Cuando la puerta se ha cerrado, ella advierte que ha quedado una rendija, y tiene una visión del rostro de su marido, a través de la apertura, sonriéndole, y desapareciendo en un momento. Por ahora, este pequeño incidente queda descartado sin pensarlo. Pero mucho después, cuando ella ha sido ya durante más años una viuda que una esposa, esa sonrisa reaparece y titila entre todos sus recuerdos sobre el rostro de Wakefield. En sus muchas meditaciones, ella rodea a la sonrisa original con una multitud de fantasías, haciéndola extraña y atroz: como, por ejemplo, si le imagina en un ataúd, esa mirada de despedida ha quedado congelada entre sus rasgos pálidos; o, si le sueña en el cielo, su espíritu bendito luce una sonrisa tranquila y astuta. Por esa sonrisa, empero, cuando los demás le han dado por muerto, ella a veces duda de ser una viuda.

Pero nuestro asunto es con el marido. Debemos apresurarnos tras él en la calle, antes de que pierda su individualidad y se confunda con la gran masa de la vida de Londres. Sería vano buscarle allí. Sigamos cerca de sus talones, por tanto, hasta que, tras varios giros y retrocesos superfluos, le encontramos cómodamente instalado junto al fuego de un pequeño apartamento, previamente reservado. Está en la calle inmediata a la suya; y ha terminado su viaje. Apenas si puede creer en su buena suerte, por haber llegado desapercibido hasta allí, recordando que, en cierto momento, fue demorado por la multitud, justamente a la luz de una linterna encendida; y, asimismo, que había pasos que parecían seguir a los suyos, más nítidos que los de la muchedumbre que le rodea y, enseguida, que escuchó una voz gritándole desde lejos, e imaginó que pronunciaba su nombre. Sin duda, una docena de entrometidos le habían estado vigilando y le contaron a su esposa todo el asunto. ¡Pobre Wakefield! Poco conoces tu propia insignificancia en este mundo enorme. Ningún ojo mortal te ha seguido hasta allí. Vete tranquilamente a la cama, tonto, y en la mañana, si lo crees sensato, vete a casa, donde está la buena Mrs. Wakefield, y dile la verdad. No te apartes, ni aun por una semana, de tu sitio en su casto seno. Si ella, por un solo momento, te creyera muerto, o perdido, o durablemente separado de ella, serías espantosamente consciente del cambio que tu honesta esposa experimentaría para siempre. Es peligroso provocar una grieta en los afectos humanos, no porque se abra tan larga y tan ancha sino porque se cierra tan rápidamente.

Casi arrepentido de su travesura, o de como pueda llamársela, Wakefield se reclina en el lecho, y, desde su primer sueñecillo, extiende sus brazos hasta la extensión amplia y solitaria de la desacostumbrada cama. "No –piensa, reuniendo la ropa de cama a sus costados–, no habré de dormir solo otra noche." A la mañana se levanta más temprano que de costumbre, y se dedica a considerar qué es lo que realmente quiere hacer. Tan inconexos y divagadores son sus modos de pensar, que se ha tomado este paso especial con la conciencia de un propósito, en verdad, pero sin ser capaz de definirlo suficientemente para su propia contemplación. La vaguedad del proyecto y el esfuerzo convulsivo con el que se sumerge en su ejecución son por igual las características de un hombre vacilante. Wakefield tamiza sus ideas, sin embargo, con tanta minuciosidad como puede, y se descubre curioso por saber cómo están las cosas por casa: cómo su esposa ejemplar soportará la viudez de una semana, y, concisamente, cómo la pequeña esfera de criaturas y de circunstancias, en la que él era objeto central, será afectada por su ausencia. Una vanidad morbosa, por tanto, yace cerca del fondo del asunto. Pero, ¿cómo habrá de conseguir él sus fines? No, ciertamente, encerrándose en este confortable alojamiento, donde, aunque duerma y despierte a una calle de distancia de su hogar, estaría tan eficazmente afuera como si el carruaje le hubiera llevado durante toda la noche. Pero, si él llegara a reaparecer, todo el proyecto recibiría un duro golpe. Después que su pobre cerebro quedó desconcertado sin remedio por este dilema, a la larga se aventura a salir, resolviendo en parte que habrá de cruzar por el comienzo de la calle y echar una rápida mirada sobre el domicilio abandonado. La costumbre –porque se trata de un hombre de costumbres– le lleva de la mano y le guía, totalmente sin advertirlo, hasta su propia puerta, donde, justo en el momento crítico, se sobresalta por el roce de su pie en el escalón. Wakefield, ¿a dónde vas?

En ese instante su destino está pendiente de un punto decisivo. Sin soñar con el destino que le depara su primer paso de retroceso, se apresura, ya sin aliento en una agitación nunca antes sentida, y apenas si se atreve a girar la cabeza en la alejada esquina. ¿Puede ser que nadie le haya visto? ¿Es que toda la gente de la casa –la honesta Mrs. Wakefield, la despierta criada, el pequeño y sucio recadero– no armará un alboroto, a través de las calles de Londres, en persecución de su fugitivo amo y señor? Maravillosa huida. Junta el valor de hacer una pausa y mirar hacia el hogar, pero queda perplejo con la sensación de un cambio en el edificio familiar, tal como nos afecta a todos cuando, tras una separación de meses o de años, volvemos a ver cierta colina, cierto lago, cierta obra de arte, que antes nos fueron familiares. En casos comunes, esta impresión indescriptible es motivada por la comparación y el contraste entre nuestros recuerdos imperfectos y la realidad. En Wakefield, la magia de una sola noche ha forjado una transformación similar, porque en ese breve período se ha producido un gran cambio moral. Pero ése es un secreto personal. Antes de dejar el sitio, obtiene un vistazo lejano y momentáneo de su esposa, que pasa tras la ventana del frente, con la cabeza orientada hacia el comienzo de la calle. El astuto simplón gira sus talones, asustado por la idea de que, entre un millar de similares átomos de mortalidad, el ojo de ella pueda haberle detectado. Contento queda su corazón, aunque su cerebro esté algo confuso, cuando se encuentra junto al fuego de su alojamiento.

Esto en cuanto al comienzo de este largo capricho. Tras la concepción inicial, y el revoltijo en el perezoso temperamento del hombre para llevarlo a cabo, todo el asunto se desarrolla en un cauce natural. Podemos suponer que el protagonista, tras el resultado de una profunda deliberación, se ha comprado una nueva peluca, de cabello rojizo, y ha seleccionado en un ropavejero judío algunas nuevas prendas, en una moda distinta de la de su traje marrón habitual. Ya está conseguido. Wakefield es un nuevo hombre. Establecido ya el nuevo sistema, un movimiento retrógrado hacia el anterior sería casi tan difícil como el paso que le colocó en esta posición singular. Por otra parte, se ha puesto empecinado por un malhumor que es rasgo ocasional de su carácter, y que ha sido provocado ahora por la inadecuada sensación que cree se ha producido en Mrs. Wakefield. No volverá hasta que ella no esté atemorizada casi hastala muerte. Bien, dos o tres veces ella ha pasado frente a su vista, cada vez con paso más pesado, mejillas más pálidas, un ceño más ansioso, y a la tercera semana de su noaparición detecta un símbolo de mal que entra a la casa, bajo el disfraz de un boticario. Al día siguiente, el aldabón queda almohadillado. Hacia el crepúsculo llega el carruaje de un médico, y deposita su pesada y patilluda carga en la puerta de Wakefield, de donde emerge tras una visita de un cuarto de hora, quizá como el heraldo de un funeral. ¡Mujer querida! ¿Morirá? A esta altura, Wakefield se siente excitado hacia algo que es como una energía del sentimiento, pero todavía se mantiene lejos del lecho de su esposa, consolando a su conciencia con la idea de que no debe ser molestada en esta emergencia. Si alguna otra cosa le retiene, él no lo sabe. A las pocas semanas, ella gradualmente se recupera; la crisis ha pasado; su corazón está quizá triste, pero tranquilo, y, vuelva él tarde o temprano, nunca ese corazón volverá a estar febril por él. Tales ideas se perfilan a través de la neblina en la mente de Wakefield, y le hacen vagamente consciente de que un golfo ya casi imposible de atravesar separa su alojamiento alquilado y a su hogar anterior. "Pero si está en la otra calle", se dice a veces. ¡Tonto! Está en otro mundo. Hasta allí ha postergado su regreso desde un día específico hasta otro; a partir de allí deja indeterminada la fecha exacta. Mañana no; quizá la próxima semana; muy pronto. Pobre hombre. Los muertos tienen casi tanta oportunidad de revisitar sus hogares terrenales como la tiene el autoproscripto Wakefield.

No tuviera yo todo un libro para escribir en lugar de un artículo de unas doce páginas. Entonces podría ejemplificar cómo una influencia que está más allá de nuestro control coloca su pesada mano sobre cada uno de nuestros actos y teje sus consecuencias en esa férrea tela de necesidad. Wakefield ha quedado hechizado. Debemos dejarle, durante unos diez años, merodeando por las cercanías de su hogar, sin cruzar una sola vez el umbral, siendo fiel a su esposa, con todo el afecto de que su corazón es capaz, mientras a su vez se va esfumando del corazón de ella. Hace ya mucho tiempo, debe señalársele, que él ha perdido la percepción de la singularidad de su conducta.

Y ahora una escena. Entre la multitud de una calle de Londres distinguimos a un hombre, que está envejeciendo y que posee pocas características que atraigan a observadores desatentos, pero que luce, en todo su aspecto, la escritura de su destino poco común, para quienes sepan así leerla. Es un hombre delgado; su frente baja y estrecha está profundamente arrugada; sus ojos, pequeños y opacos, a veces vagan con aprensión en su derredor, pero más a menudo parecen mirar hacia adentro. Inclina su cabeza y se desplaza con una marcha indescriptiblemente oblicua, como si no quisiera exponer toda su parte frontal ante el mundo. Vigiladlo el tiempo suficiente para ver lo que hemos descripto, y comprenderéis que las circunstancias –las que a menudo producen hombres notables entre la tarea común de la naturaleza– han producido a uno aquí. Luego, dejándole caminar furtivamente por la acera, posad vuestros ojos en la dirección opuesta, donde una mujer corpulenta, que ha avanzado considerablemente hacia el crepúsculo de la vida, y que lleva en la mano un libro de plegarias, se encamina hacia la iglesia que está más allá. Tiene ya el semblante plácido de la viudez estable. Sus lamentos se han esfumado o se han convertido en tan esenciales dentro de su corazón, que mal podrían ser cambiados por la alegría. Justo cuando el hombre delgado y la mujer corpulenta están pasando se produce una ligera obstrucción, lo que lleva a ambas figuras a un contacto directo. Sus manos se tocan; la presión de la multitud fuerza al pecho de ella contra el hombro de él; ambos están de pie, cara a cara, mirándose a los ojos. Tras una separación de diez años, así reencuentra Wakefield a su mujer.

La multitud sigue en marcha y arrastra a ambos. La sobria viuda, retomando su paso anterior, se encamina hacia la iglesia, pero hace una pausa en el portal y echa una mirada perpleja a lo largo de la calle.Entra, sin embargo, abriendo al tiempo el libro de plegarias. ¡Y el hombre! Con una cara tan extraña que el Londres ocupado y egoísta se detiene a contemplarlo, se apresura a llegar a su alojamiento, cierra con un portazo y se arroja sobre la cama. Los sentimientos latentes durante años ahora irrumpen; su mente endeble adquiere con ellos una breve energía; toda la rareza miserable de su vida se le revela de un vistazo: y llora, apasionadamente, "Wakefield, Wakefield. ¡Estás loco!".

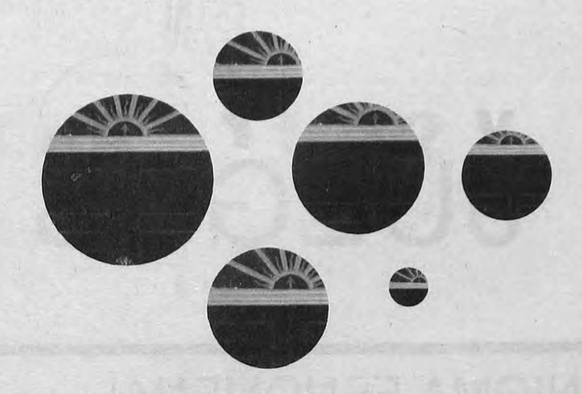
Quizá lo estaba. La singularidad de su situación debe habérsele moldeado en tal forma que, considerado en relación con sus semejantes y con el quehacer de la vida, no podría decirse que estuviera sano. Obtuvo, o quizá le ocurrió, segregarse del mundo, desaparecer, abandonar su sitio y los privilegios de los hombres vivos, sin ser admitido entre los muertos. La vida de un ermitaño no llega a ser paralela a la suya. Estaba en el bullicio de la ciudad, como siempre, pero la multitud pasaba a su lado y no le veía; podemos decir figuradamente que estuvo siempre junto a su mujer y su hogar, pero sin poder nunca sentir la calidez de una ni el afecto del otro. El destino sin precedentes de Wakefield fue retener su cuota original de simpatías humanas, y estar aún inmiscuido en los intereses humanos, al tiempo que perdía su influencia recíproca sobre ellos. Sería una curiosa especulación la de trazar el efecto de tales circunstancias en su corazón y en su intelecto, separadamente y al unísono. Pero, cambiado como estaba, rara vez sería consciente de ello sino que se creería el mismo hombre de siempre; algunos fulgores de la verdad aparecerían, por cierto, pero sólo por un momento, y todavía seguiría diciendo: "¡Pronto volveré!", sin reflexionar que lo estuvo diciendo durante veinte años.

Concibo, asimismo, que, en visión retrospectiva, esos veinte años parecerían escasamente más prolongados que la semana a la que primero Wakefield limitó su ausencia. Miraría en todo el asunto como sólo un intervalo en la ocupación central de su vida. Cuando, tras un poco más, creyera oportuno volver a entrar en la sala, su esposa batiría palmas de alegría, al retener al Mr. Wakefield de edad mediana. ¡Caramba, qué error! Si el Tiempo esperara hasta el fin de nuestras locuras favoritas, seríamos hombres jóvenes, todos nosotros, hasta el Día del Juicio.

Una noche, en el vigésimo año de su desaparición, Wakefield da su acostumbrado paseo hacia la morada que todavía llama propia. Es una borrascosa noche de otoño, con lluvias frecuentes que resbalan sobre el pavimento y que cesan antes de que un hombre pueda abrir su paraguas. Deteniéndose cerca de la casa, Wakefield advierte, tras las ventanas de la sala en la segunda planta, el brillo rojo, el parpadeo y el relampaguear vacilante de un fuego confortable. Sobre el techo aparece la sombra grotesca de la buena Mrs. Wakefield. La cofia, la nariz, el mentón, la ancha cintura, forman una admirable caricatura, que además baila con la vivacidad y la disminución de la llama, casi demasiado alegremente para ser la sombra de una viuda madura. En ese instante comienza a caer un chubasco, llevado plenamente y con malos modales al rostro y el pecho de Wakefield. Este queda penetrado por el frío otoñal. ¿Se quedará aquí, húmedo y temblando, cuando su propio hogar tiene un buen fuego para calentarse, y donde su propia esposa correrá a buscarle el abrigo gris y la ropa interior que, sin duda, ha guardado en el armario de la alcoba? ¡No! Wakefield no es tan tonto. Asciende las escaleras –pesadamente, porque veinte años han endurecido sus piernas desde que las bajó, pero no lo sabe. Quédate, Wakefield. ¿Irías al único hogar que te han dejado? Entonces entra a tu tumba. La puerta se abre. Cuando él entra, tenemos un vistazo final de su rostro, y recordamos la sonrisa astuta que fue precursora de la pequeña broma jugada desde entonces a expensas de su esposa. Con cuánta crueldad ha preocupado a la pobre mujer. Bien, una buena noche de descanso para Wakefield.

Este feliz suceso –suponiendo que así lo sea– sólo pudo ocurrir en un momento improvisado. No seguiremos a nuestro amigo más allá del umbral.Nos ha dejado mucho material para la reflexión, una porción de la cual prestará su sabiduría a una moraleja y será moldeada en una figura. Entre la aparente confusión de nuestro misterioso mundo, los individuos están bien ajustados a un sistema, y los sistemas a otros sistemas y a un conjunto, en el que, por apartarse un momento, un hombre corre el riesgo de perder su sitio para siempre. Igual que Wakefield, puede convertirse en algo así como en el Paria del Universo. ●

*Se reproduce aquí por gentileza de editorial Montesinos.*



stán pasando, se uras a un contacto erza al pecho de ella , mirándose a los ojos. efield a su mujer.

casos comunes, esta impresión indescrip- e es motivada por la comparación y el traste entre nuestros recuerdos imperfec- y la realidad. En Wakefield, la magia de sola noche ha forjado una transforma- n similar, porque en ese breve período se producido un gran cambio moral. Pero es un secreto personal. Antes de dejar el , obtiene un vistazo lejano y momentá- de su esposa, que pasa tras la ventana frente, con la cabeza orientada hacia el nienzo de la calle. El astuto simplón gira talones, asustado por la idea de que, en- un millar de similares átomos de mortali- , el ojo de ella pueda haberle detectado. ntento queda su corazón, aunque su cere- esté algo confuso, cuando se encuentra o al fuego de su alojamiento.

sto en cuanto al comienzo de este largo richo. Tras la concepción inicial, y el re- ijo en el perezoso temperamento del nbre para llevarlo a cabo, todo el asunto esarrolla en un cauce natural. Podemos oner que el protagonista, tras el resultado una profunda deliberación, se ha compra- una nueva peluca, de cabello rojizo, y ha ccionado en un ropavejero judío algunas vas prendas, en una moda distinta de la u traje marrón habitual. Ya está conse- do. Wakefield es un nuevo hombre. Esta- cido ya el nuevo sistema, un movimiento ógrado hacia el anterior sería casi tan difí- como el paso que le colocó en esta posi- n singular. Por otra parte, se ha puesto pecinado por un malhumor que es rasgo sional de su carácter, y que ha sido provo- o ahora por la inadecuada sensación que e se ha producido en Mrs. Wakefield. No verá hasta que ella no esté atemorizada ca- astala muerte. Bien, dos o tres veces ella pasado frente a su vista, cada vez con paso s pesado, mejillas más pálidas, un ceño s ansioso, y a la tercera semana de su no- rición detecta un símbolo de mal que en- a la casa, bajo el disfraz de un boticario. día siguiente, el aldabón queda almohadi- o. Hacia el crepúsculo llega el carruaje de médico, y deposita su pesada y patilluda ga en la puerta de Wakefield, de donde erge tras una visita de un cuarto de hora, zá como el heraldo de un funeral. ¡Mujer rida! ¿Morirá? A esta altura, Wakefield se te excitado hacia algo que es como una rgía del sentimiento, pero todavía se ntiene lejos del lecho de su esposa, conso- do a su conciencia con la idea de que no e ser molestada en esta emergencia. Si al- na otra cosa le retiene, él no lo sabe. A las as semanas, ella gradualmente se recupe- la crisis ha pasado; su corazón está quizá te, pero tranquilo, y, vuelva él tarde o temprano, nunca ese corazón volverá a estar febril por él. Tales ideas se perfilan a través de la neblina en la mente de Wakefield, y le hacen vagamente consciente de que un golfo ya casi imposible de atravesar separa su alojamiento alquilado y a su hogar anterior. “Pero si está en la otra calle”, se dice a veces. ¡Tonto! Está en otro mundo. Hasta allí ha postergado su regreso desde un día específico hasta otro; a partir de allí deja indeterminada la fecha exacta. Mañana no; quizá la próxima semana; muy pronto. Pobre hombre. Los muertos tienen casi tanta oportunidad de revisitar sus hogares terrenales como la tiene el autoproscripto Wakefield.

No tuviera yo todo un libro para escribir en lugar de un artículo de unas doce páginas. Entonces podría ejemplificar cómo una influencia que está más allá de nuestro control coloca su pesada mano sobre cada uno de nuestros actos y teje sus consecuencias en esa férrea tela de necesidad. Wakefield ha quedado hechizado. Debemos dejarle, durante unos diez años, merodeando por las cercanías de su hogar, sin cruzar una sola vez el umbral, siendo fiel a su esposa, con todo el afecto de que su corazón es capaz, mientras a su vez se va esfumando del corazón de ella. Hace ya mucho tiempo, debe señalárselo, que él ha perdido la percepción de la singularidad de su conducta.

Y ahora una escena. Entre la multitud de una calle de Londres distinguimos a un hombre, que está envejeciendo y que posee pocas características que atraigan a observadores desatentos, pero que luce, en todo su aspecto, la escritura de su destino poco común, para quienes sepan así leerla. Es un hombre delgado; su frente baja y estrecha está profundamente arrugada; sus ojos, pequeños y opacos, a veces vagan con aprensión en su derredor, pero más a menudo parecen mirar hacia adentro. Inclina su cabeza y se desplaza con una marcha indescriptiblemente oblicua, como si no quisiera exponer toda su parte frontal ante el mundo. Vigiladlo el tiempo suficiente para ver lo que hemos descripto, y comprenderéis que las circunstancias –las que a menudo producen hombres notables entre la tarea común de la naturaleza– han producido a uno aquí. Luego, dejándole caminar furtivamente por la acera, posad vuestros ojos en la dirección opuesta, donde una mujer corpulenta, que ha avanzado considerablemente hacia el crepúsculo de la vida, y que lleva en la mano un libro de plegarias, se encamina hacia la iglesia que está más allá. Tiene ya el semblante plácido de la viudez estable. Sus lamentos se han esfumado o se han convertido en tan esenciales dentro de su corazón, que mal podrían ser cambiados por la alegría. Justo cuando el hombre delgado y la mujer corpulenta están pasando se produce una ligera obstrucción, lo que lleva a ambas figuras a un contacto directo. Sus manos se tocan; la presión de la multitud fuerza al pecho de ella contra el hombro de él; ambos están de pie, cara a cara, mirándose a los ojos. Tras una separación de diez años, así reencuentra Wakefield a su mujer.

La multitud sigue en marcha y arrastra a ambos. La sobria viuda, retomando su paso anterior, se encamina hacia la iglesia, pero hace una pausa en el portal y echa una mirada perpleja a lo largo de la calle.Entra, sin embargo, abriendo al tiempo el libro de plegarias. ¡Y el hombre! Con una cara tan extraña que el Londres ocupado y egoísta se detiene a contemplarlo, se apresura a llegar a su alojamiento, cierra con un portazo y se arroja sobre la cama. Los sentimientos latentes durante años ahora irrumpen; su mente endeble adquiere con ellos una breve energía; toda la rareza miserable de su vida se le revela de un vistazo: y llora, apasionadamente, “Wakefield, Wakefield. ¡Estás loco!”.

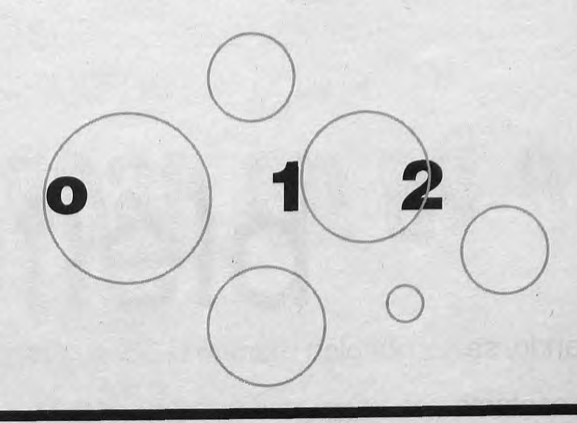
Quizá lo estaba. La singularidad de su situación debe habérsele moldeado en tal forma que, considerado en relación con sus semejantes y con el quehacer de la vida, no podría decirse que estuviera sano. Obtuvo, o quizá le ocurrió, segregarse del mundo, desaparecer, abandonar su sitio y los privilegios de los hombres vivos, sin ser admitido entre los muertos. La vida de un ermitaño no llega a ser paralela a la suya. Estaba en el bullicio de la ciudad, como siempre, pero la multitud pasaba a su lado y no le veía; podemos decir figuradamente que estuvo siempre junto a su mujer y su hogar, pero sin poder nunca sentir la calidez de una ni el afecto del otro. El destino sin precedentes de Wakefield fue retener su cuota original de simpatías humanas, y estar aún inmiscuido en los intereses humanos, al tiempo que perdía su influencia recíproca sobre ellos. Sería una curiosa especulación la de trazar el efecto de tales circunstancias en su corazón y en su intelecto, separadamente y al unísono. Pero, cambiado como estaba, rara vez sería consciente de ello sino que se creería el mismo hombre de siempre; algunos fulgores de la verdad aparecerían, por cierto, pero sólo por un momento, y todavía seguiría diciendo: “¡Pronto volveré!”, sin reflexionar que lo estuvo diciendo durante veinte años.

Concibo, asimismo, que, en visión retrospectiva, esos veinte años parecerían escasamente más prolongados que la semana a la que primero Wakefield limitó su ausencia. Miraría en todo el asunto como sólo un intervalo en la ocupación central de su vida. Cuando, tras un poco más, creyera oportuno volver a entrar en la sala, su esposa batiría palmas de alegría, al retener al Mr. Wakefield de edad mediana. ¡Caramba, qué error! Si el Tiempo esperara hasta el fin de nuestras locuras favoritas, seríamos hombres jóvenes, todos nosotros, hasta el Día del Juicio.

Una noche, en el vigésimo año de su desaparición, Wakefield da su acostumbrado paseo hacia la morada que todavía llama propia. Es una borrascosa noche de otoño, con lluvias frecuentes que resbalan sobre el pavimento y que cesan antes de que un hombre pueda abrir su paraguas. Deteniéndose cerca de la casa, Wakefield advierte, tras las ventanas de la sala en la segunda planta, el brillo rojo, el parpadeo y el relampaguear vacilante de un fuego confortable. Sobre el techo aparece la sombra grotesca de la buena Mrs. Wakefield. La cofia, la nariz, el mentón, la ancha cintura, forman una admirable caricatura, que además baila con la vivacidad y la disminución de la llama, casi demasiado alegremente para ser la sombra de una viuda madura. En ese instante comienza a caer un chubasco, llevado plenamente y con malos modales al rostro y el pecho de Wakefield. Este queda penetrado por el frío otoñal. ¿Se quedará aquí, húmedo y temblando, cuando su propio hogar tiene un buen fuego para calentarse, y donde su propia esposa correrá a buscarle el abrigo gris y la ropa interior que, sin duda, ha guardado en el armario de la alcoba? ¡No! Wakefield no es tan tonto. Asciende las escaleras –pesadamente, porque veinte años han endurecido sus piernas desde que las bajó, pero no lo sabe. Quédate, Wakefield. ¿Irías al único hogar que te han dejado? Entonces entra a tu tumba. La puerta se abre. Cuando él entra, tenemos un vistazo final de su rostro, y recordamos la sonrisa astuta que fue precursora de la pequeña broma jugada desde entonces a expensas de su esposa. Con cuánta crueldad ha preocupado a la pobre mujer. Bien, una buena noche de descanso para Wakefield.

Este feliz suceso –suponiendo que así lo sea– sólo pudo ocurrir en un momento improvisado. No seguiremos a nuestro amigo más allá del umbral.Nos ha dejado mucho material para la reflexión, una porción de la cual prestará su sabiduría a una moraleja y será moldeada en una figura. Entre la aparente confusión de nuestro misterioso mundo, los individuos están bien ajustados a un sistema, y los sistemas a otros sistemas y a un conjunto, en el que, por apartarse un momento, un hombre corre el riesgo de perder su sitio para siempre. Igual que Wakefield, puede convertirse en algo así como en el Paria del Universo. ●

*Se reproduce aquí por gentileza de editorial Montesinos.*



# verano 12
# JUEGOS

## ENIGMA FENOMENAL

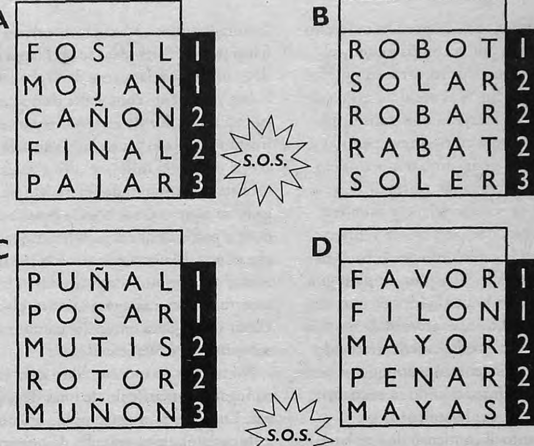
*Diversas regiones fueron afectadas por sendos fenómenos meteorológicos, ocasionando algunos inconvenientes. Deduzca qué meteoro afectó cada región, qué inconveniente ocasionó y en cuántos días volvió todo a la normalidad.*

| | | METEORO | | | | | INCONVENIENTE | | | | | DIAS | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Nieve | Rayos | Tempestad | Tornado | Tromba | Autopistas | Carrocerías | Líneas alta tensión | Líneas telefónicas | Vidrios | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 |
| REGION | Bahía Grande | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Diquecito | | | | | | | | | | | | | | | |
| | El Valle | | | | | | | | | | | | | | | |
| | El Volcán | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Salto | | | | | | | | | | | | | | | |
| DIAS | 1 | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 2 | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 3 | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 4 | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 5 | | | | | | | | | | | | | | | |
| INCONVENIENTE | Autopistas | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Carrocerías | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Líneas alta tensión | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Líneas telefónicas | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Vidrios | | | | | | | | | | | | | | | |

1. La tromba afectó a la región de Bahía Grande.
2. En un solo día, las carrocerías de los automóviles de El Volcán fueron reparadas. No habían sido averiadas por la tempestad.
3. La nieve dejó inoperativas a las autopistas. No son de Diquecito.
4. Las líneas de alta tensión averiadas fueron reparadas en cuatro días.
5. Los daños que ocasionaron los rayos requirieron una reparación de mayor tiempo que lo que demandó cambiar los vidrios rotos de las casas.
6. Las líneas telefónicas de Salto fueron reparadas en dos días.

## PALABRA OCULTA

*Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta.) En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.*



**A**

| | |
|---|---|
| | |
| FOSIL | 1 |
| MOJAN | 1 |
| CAÑON | 2 |
| FINAL | 2 |
| PAJAR | 3 |

**B**

| | |
|---|---|
| | |
| ROBOT | 1 |
| SOLAR | 2 |
| ROBAR | 2 |
| RABAT | 2 |
| SOLER | 3 |

S.O.S.

**C**

| | |
|---|---|
| | |
| PUÑAL | 1 |
| POSAR | 1 |
| MUTIS | 2 |
| ROTOR | 2 |
| MUÑON | 3 |

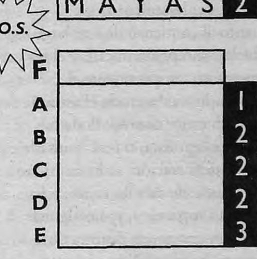
**D**

| | |
|---|---|
| | |
| FAVOR | 1 |
| FILON | 1 |
| MAYOR | 2 |
| PENAR | 2 |
| MAYAS | 2 |

S.O.S.

**E**

| | |
|---|---|
| | |
| RAZON | 1 |
| FELIZ | 1 |
| TIZON | 2 |
| TAMIZ | 2 |
| FEMUR | 3 |

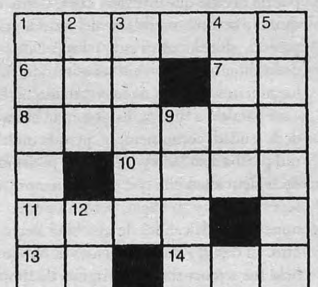


**F**

| | | |
|---|---|---|
| | | |
| A | | 1 |
| B | | 2 |
| C | | 2 |
| D | | 2 |
| E | | 3 |

## ANAGRAMA O SINONIMO

*Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).*



| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| 1 | 2 | 3 | | 4 | 5 |
| 6 | | | ■ | 7 | |
| 8 | | | 9 | | |
| | ■ | 10 | | | |
| 11 | 12 | | | ■ | |
| 13 | | ■ | 14 | | |

**HORIZONTALES**
1. Atinas.
6. Rea.
7. Ra.
8. Cambio.
10. Metí.
11. Rato.
13. Er.
14. Sol.

**VERTICALES**
1. Horror.
2. Reí.
3. Liras.
4. Vena.
5. Olores.
9. Tela.
12. Et.




## SOLUCIONES

### ENIGMA FENOMENAL

Bahía Grande, tromba, vidrios, 3.
Diquecito, rayos, líneas alta tensión, 4.
El Valle, nieve, autopistas, 5.
El Volcán, tornado, carrocerías, 1.
Salto, tempestad, líneas telefónicas, 2.

### PALABRA OCULTA

A. Pañal.
B. Saber.
C. Moños.
D. Menos.
E. Temor.
F. Señor.

### ANAGRAMA O SINONIMO

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| T | I | S | A | N | A |
| E | R | A | ■ | A | R |
| R | E | L | E | V | O |
| R | ■ | I | T | E | M |
| O | T | R | A | ■ | A |
| R | E | ■ | L | O | S |

